

PROFESIÓN DE AMISTAD

LA alegría de que el otro sea, ha sido mi más firme alegría en este mundo.

¡Dios mío, así has querido que te conozca a ti!

He amado a mis amigos en una especie de naufragio, sin posibilidades de salvación.

¡Tantas vidas, cuya simple presencia despertaba en mí abismos de adoración ante el misterio!

¡Tanta hermosura de cuerpos, rostros, miradas, modos de hablar..., que derribaban toda barrera entre el otro y yo, hasta sentir mi ser atravesado de luces que me sobrepasaban!

Aprendí así, en tanto gozo que desbordaba mi ser, que no necesitaba llegar más allá en ninguna forma de disfrute y dominio.

El otro era tan mío -¡yo tan suyo!-, que no precisaba para sentirme vivo y amar la vida, otra riqueza que la del ser.

También, en tales experiencias, la reciprocidad quedaba reducida para mí a saber que el otro existe. ¡Me basta con que tú seas!

Es todo mi ser -no una parte del mismo- la que tiene necesidad de ti y se entrega a ti.

Mi ser indivisible con tu ser indivisible, formando una unidad que nos sobrepasa.

Mi ser inalienable con tu ser inalienable, unidos en adoración al misterio que nos traspasa.

He amado tanto en particular a cada amigo que, llegaba a pensar, en cada caso, que no cabía amor mayor en este mundo.

Y, si posible fuera, yo desaparecería totalmente en el otro, donde llegar a ser más yo. ¡Encontraría en el otro mi descanso más pleno y mi gozo más definitivo!

Es así, ha sido siempre así, a través de la amistad, como he conocido a Dios.

Dios revelándose siempre en el otro como el fondo sin fondo de todo otro.

Una distancia infinita e infranqueable a mis solas fuerzas, se esfumaba ante mí al amar al otro como otro. ¡Sólo respetando esa distancia podríamos ser amigos!

Distancia no pocas veces dolorosa, como imputación de un miembro irrecuperable.

Y la amistad que continúa enriqueciendo mi espíritu herido en la lejanía, e incluso en la pérdida del amigo.

La alegría vivida, siquiera una vez. de que el otro sea, no se pierde aunque se pierda el contacto con el otro.

Nada, nada como la amistad -ese amor que nada pide a cambio, que es feliz con la felicidad del otro, que vive como propia la muerte del otro-, ayuda tanto a nuestro psiquismo humano a descubrir que lo mejor de cada uno es eterno; y que, lo que Dios ha unido -la alegría del ser compartido-, nada lo puede romper.

Mi mayor motivo de acción de gracias, tras el de haber conocido y seguido a Jesús de Nazaret, es el de haber tenido amigos en la tierra y haber cultivado la amistad que me enseñara a ser pobre y pequeño ante el otro.

Amo la vida del otro, de todos los otros, como manera única de amarme a mí mismo.

Doy fe de que vale la pena haber vivido, arrastrando penalidades y sinsentidos de la existencia, si has amado, siquiera, a un amigo, hasta hacer de su vida tu mayor bien.

Desde mi amistad con mujeres y hombres, que dibujan el mapa en que se contiene el mejor sentido para mi vida, confieso que creo en Dios como el Otro, que nos espera siempre en la alegría del ser compartido, en el disfrute agradecido de todas las bondades y bellezas que nos llaman a la adoración, y en el servicio respetuoso y audaz a los valores de vida que nos son comunes.

Es la amistad el sentimiento más universal del amor humano, porque no se puede amar el ser de uno sin amar el ser de todos.

Es, también, la amistad el sentimiento más religioso, porque de Dios sólo podemos saber lo que aprendemos en intimidad con Él.